

Divendres al matí, vam compartir també els nervis abans de la prova, moltes hores davant d'un text del *De Republica* gens senzill per a nosaltres, però que tots vam intentar interpretar el millor possible, com va dir en un post, citant Ciceró, una companya del nostre centre que va participar fa tres anys: "[Quant més gran és la dificultat, més gran és la glòria](#)". Sens dubte, el moment més emocionant d'aquest viatge fou quan al nostre company Rodrigo Conesa, de León, el van premiar amb la menció honorífica, la qual cosa va fer més emocionant aquest moment; des d'ací m'agradaria felicitar-lo per ser el tercer espanyol en 32 anys que aconseguix aquest premi i pel seu gran esforç.

I per a acabar, voldria donar les gràcies a la meua professora de llatí, Mariló Limo, la "Ambaciatrice" del Certamen Ciceronià, per haver-nos donat l'oportunitat de viure aquesta experiència. I, encara que en aquest viatge jo no haja pogut llançar la moneda a la Fontana di Trevi, espere que algun dia pugui tornar, com a mínim, a reunir-me amb les persones amb les quals he compartit aquest viatge.

Tan sólo nos queda animar a los profesores de Secundaria de Latín a seguir formando a sus alumnos y a presentarlos a este certamen que, no nos cabe duda, permanecerá en los estudiantes y profesores como un recuerdo imborrable.

⁴ Recientemente se ha abierto una cuenta de correo para la atención a los participantes españoles: ciceronianum.arpinas.spagna@gmail.com

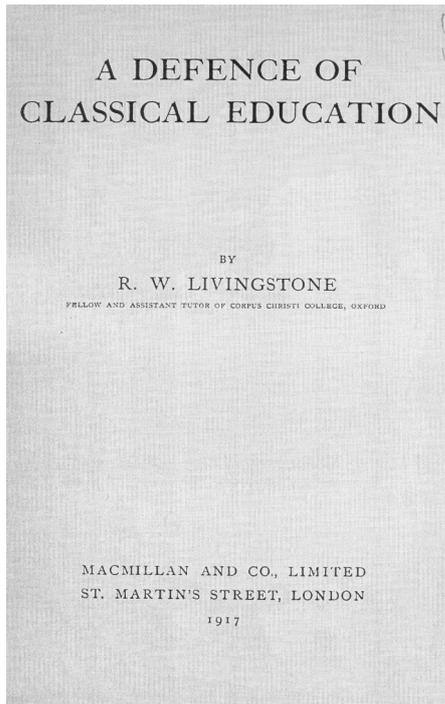


R.W. LIVINGSTONE Y SU obra '*una DEFENSA DE LA EDUCACIÓN CLÁSICA*' (OXFORD, 1916)

"Las dos lenguas (el latín y el griego), sus literaturas e historias agrupadas bajo el título genérico de 'los clásicos' son complementarios. Cada uno tiene cualidades que le faltan al otro. Esta es la razón por la que son tan admirables cuando se combinan."

R.W. Livingstone, *Greek Ideals and Modern Life* (1935), p. 12

Mientras en 1916 Europa se debatía por su supervivencia en medio de una de las más terribles guerras que la humanidad haya conocido, un erudito de Oxford llamado R.W. Livingstone dedicaba sus esfuerzos a una obra que bajo el título de '*A defence of Classical Education*' suponía un claro exponente de que en tan azarosos días no era sólo la civilización europea lo único que estaba en juego, sino también el futuro de los estudios clásicos como parte sustancial de la formación académica de los estudiantes ingleses, frente al avance de postulados más utilitaristas y menos humanistas de la educación. Ya desde el comienzo del conflicto habían surgido voces muy críticas con respecto a la falta de bases científicas y técnicas de que adolecía la educación británica, augurando un grave peligro como era el de derivar hacia una flagrante debilidad industrial frente a colosos económicos como Alemania, el principal adversario de los aliados en la guerra. Un manifiesto aparecido en *The Times* en Febrero de 1916 señalaba como último culpable de tan alarmante situación al predominio de los clásicos en los planes educativos imperantes en las '*public schools*'¹. Precisamente contra posiciones como la defendida en ese tipo de manifiestos escribió Livingstone la obra que nos proponemos comentar. Sugerimos, pues a nuestros lectores que, si lo estiman oportuno, se sumerjan con nosotros en el análisis de esta obra clave para conocer sus argumentos en defensa de tan candentes cuestiones, hoy en día todavía vigentes y no en escasa medida.



[Portada del libro de Livingstone]
Primera página con el título del
libro de Livingstone en edición de
1917. Propiedad del autor.

Richard Winn Livingstone (1880-1960) fue el prototipo del erudito clásico (a *classical scholar* como dicen los ingleses) que, nacido a finales de la era victoriana, desarrolló sus escritos sobre el mundo clásico en las primeras décadas del siglo XX con el claro convencimiento de que preservar el legado de Grecia y Roma era defender los fundamentos de la civilización occidental. Hijo de un pastor anglicano, Livingstone nació en Liverpool en 1880 siendo destinatario de una educación clásica que marcó su concepción del mundo. Cursó estudios en el *Winchester College* y en el *New College, Oxford*, localidad en la que residió gran parte de su vida en calidad de profesor y bibliotecario (en el *Corpus Christi College*), además de desempeñar otros cargos académicos relevantes del que podemos afirmar que no fue el menor el de Vice-canciller (*Vice-Chancellor*) de la Universidad en 1944. La obra que nos proponemos comentar en este breve artículo no fue su primera defensa del legado clásico ya que en 1912 había publicado su '*The Greek Genius and Its Meaning to us*' ('El genio griego y su significado para nosotros'), ni tampoco sería la última puesto que de 1935 data sus '*Greek Ideals and Modern Life*' ('Ideales griegos y vida

moderna') y de 1944 su '*Plato and Modern Education*' ('Platón y la educación moderna'), pero si fue una de las más clarificadoras en cuanto a la exposición de una serie de argumentos a los que hoy en día, casi un siglo después, estamos seguros que los lectores de este artículo no serán en modo alguno indiferentes. De hecho la pregunta clave que él mismo plantea en su obra es la de '¿Por qué los clásicos deben tener un lugar en nuestra educación? seguida de otra no menos sugerente como es la de '¿Por qué deberían ser enseñados a todo el mundo excepto a unos pocos especialistas? Y apenas podemos resistirnos a afirmar que ambas cuestiones siguen siendo tan oportunas en nuestros días como cuando fueron enunciadas por nuestro autor de Oxford.

Efectivamente, las palabras con las que Livingstone comenzó el primer capítulo de su libro '*A defence of Classical Education*' no pueden sino ser consideradas sino de gran actualidad: "La nación está descontenta con ella misma y con su educación"². Pero admitido esto, lo que el autor oxoniense no está dispuesto a aceptar es que los clásicos sean utilizados como chivo expiatorio de esa situación y mucho menos de los problemas industriales del país en mitad de una confrontación bélica. En gran parte, su obra está dedicada a mostrar las cualidades que tanto el latín como el griego exhiben para mantener un puesto destacado en la educación, no sólo de los humanistas sino también de los científicos. Livingstone basó su principal argumentación en que mientras el conocimiento puede ser adquirido en cualquier momento de la vida, **el entrenamiento de la mente** no, y es en ese campo, el de proveer **agilidad mental, precisión y capacidad de concentración** donde los clásicos pueden jugar un papel insustituible en los años formativos. La competencia con una formación basada en enseñanzas científicas, que veía aumentar sus defensores en aras de una mayor utilidad para el país, es rebatida por Livingstone no mediante una negación de las ciencias (lo que hubiera sido un camino equivocado y, evidentemente, un callejón sin salida), sino argumentando inteligentemente que si bien una sociedad debe sostener un número de científicos suficiente para atender a sus necesidades, no debería pretenderse que "cada ciudadano sea un hombre de ciencia"³. Además, Livingstone insiste en el hecho de que hay una enorme tarea que la ciencia pura no puede cubrir en la educación, como son el establecer **las normas de un comportamiento adecuado, el desarrollo**

de la virtud, el coraje, la moderación y el sentido de la justicia⁴, en esa inmensa y difícil labor los autores grecorromanos estaban (y están nos atreveríamos a decir) a nuestra entera disposición. Quizá no sea políticamente correcto decir con Matthew Arnold que "un puñado de atenienses" era más interesante que millones de sus contemporáneos (en el siglo XIX)⁵, pero casi esa afirmación es preferible si la alternativa es la negación absoluta de los escritos que "ese puñado" ha dejado para nosotros y del innegable valor formativo que emana de ellos.

Pero no era la presencia de la ciencia o de las matemáticas en la educación lo que preocupaba a Livingstone, y con él a una generación de clasicistas, "obviamente, toda buena educación debe incluir la enseñanza de las ciencias"⁶, afirmó convenientemente, sino el hecho de que se considerara que una formación únicamente científica podía sustituir con aprovechamiento a otra basada en las humanidades, por las importantes lagunas como guía para la vida y para el conocimiento de uno mismo que una concepción así conllevaría.

Es un lugar común afirmar que un pueblo no debe ser ignorante de su propio pasado si quiere considerarse civilizado, pero este argumento no era en modo alguno suficiente para Livingstone, para quién si los clásicos habían de mantenerse como referencia superior habían de serlo "en virtud de sus propios méritos"⁷ y no sólo por formar parte de nuestro pasado, y esos méritos en buena medida los cifra nuestro autor en la literatura que nos ha sido legada por griegos y romanos en la que encontramos variados ejemplos de "nobles personajes, intensidad en las situaciones y grandeza de acción"⁸, y aunque es evidente que Livingstone se deja llevar a veces, como en este párrafo, por su idealización de lo clásico, difícilmente podríamos encontrar hoy en día a alguien que negara el carácter original y grandioso de las obras clásicas y la gran influencia que han venido ejerciendo sobre la literatura occidental. Pero ¿cómo convencer al que no conoce a los clásicos de la veracidad de estas afirmaciones?

Rogándole –afirma Livingstone– que antes de juzgar lea la primera mitad del libro sexto de la República de Platón, y el *Fedón* del capítulo 56 hasta el final, los libros sexto y séptimo de Tucídides, la *Orestíada*, Medea, Ifigenia, Hipólito y las Bacantes. Así aprenderá. Incluso a través de traducciones al inglés, qué es la literatura griega, su sinceridad y simplicidad, su poder para llevarnos a través de todos los velos y disfraces externos hasta el auténtico corazón de la humanidad, su concisión y su habilidad para envolver obras maestras en unas pocas páginas.⁹

No es esta una propuesta de lectura que podamos despreciar si queremos conocer tanto la literatura griega como el alma humana y ahí reside para Livingstone, su verdadera grandeza, considerando que las obras de los griegos clásicos estaban llenas de grandes pensamientos sobre los que descansa nuestra propia vida intelectual.¹⁰ Ellos fueron los primeros en llamar al universo un 'cosmos' (orden) y también los pioneros en proporcionarnos una **visión racional de las cosas, los creadores de todo el pensamiento científico y filosófico**¹¹, un "espíritu de inteligencia creativa" que no tuvo precedentes en sociedades anteriores¹², sin duda, una **pasión por el conocimiento** que distingue al ser civilizado, en perfecta combinación con un rechazo a lo engañoso que nos rodea y de lo que constantemente somos víctimas. "¡Cuánto debemos aprender todavía de Sócrates!" se queja nuestro autor¹³. Y es a ese mundo apenas vislumbrado por sus apologéticas palabras al que nosotros llegaremos si estudiamos las obras y la lengua de los antiguos griegos. "**¿Acaso podemos desear o encontrar una mejor compañía?**"¹⁴ se pregunta retóricamente Livingstone al término de su capítulo dedicado a su defensa de lo helénico.¹⁵

Y si el griego es la puerta para encontrar inmejorables compañeros de viaje ¿para qué estudiar latín y el mundo romano? se vuelve a preguntar nuestro incansable autor oxoniense. Para resolver esa cuestión Livingstone acudirá a una autoridad más alta que la

de muchos (más alta que la de nadie dirían otros más entusiásticamente), la de Marco Tulio Cicerón:

Es, en efecto, innegable que en el ámbito de las costumbres y de las instituciones y en todo lo relacionado con la vida doméstica y familiar, nuestras reglas son mejores y más elevadas y que en lo concerniente a la administración pública nuestros antepasados se rigieron asimismo por mejores principios y leyes.¹⁶

Puede que el mundo griego fuera mejor en lo intelectual, pero en la administración y en el desarrollo de un carácter decidido Roma no tenía parangón, una distinción ya establecida magistralmente por Quintiliano en su frase: **"Los griegos nos dicen cómo vivir, los romanos nos lo enseñan."**¹⁷ El modelo de carácter romano, incluyendo ideas de **acción, vigor, praxis y sentido común (como opuestas a la indiferencia o, peor aún, a la indolencia)** son signos distintivos de una civilización que para Livingstone casi no necesitan justificación alguna a la hora de ser incluidos en los programas de estudio, sino que se defienden por sí mismos por su valor como arquetipo de comportamiento para las nuevas generaciones. Livingstone señala en su obra a este respecto el ejemplo, casi inaccesible, de Catón el censor y su afirmación de que iuna de las pocas cosas que lamentaba en su vida era el haber pasado un día entero sin hacer nada!¹⁸

La grandeza de Roma y la necesidad de presentarla como referencia inexcusable a los jóvenes se basa para Livingstone en su gran industriiosidad, su modelo de gobierno, la profunda reverencia por la familia, **el autocontrol, el sacrificio, su estricto sentido del deber, su intrépido coraje, su implacable determinación**¹⁹ y en esta magnífica exhibición de sus capacidades ninguna nación ha podido superarla. En muchos sentidos, los ingleses de la era victoriana (y Livingstone a pesar de escribir a comienzos del siglo XX era todavía un escritor victoriano) se identificaban completamente con esa visión estoica del comportamiento que tantos personajes de la historia romana habían exhibido. **"Ciertamente en muchos aspectos somos muy romanos"** llega a decir sin cortapisas²⁰.....y no lo dudamos. Rudyard Kipling en su famoso poema 'If' (1895) parece haber tenido en mente la autocrítica de Catón a la que acabamos de referirnos cuando afirma "si puedes emplear el inexorable minuto con un recorrido de sesenta valiosos segundos".... Los romanos, dice Livingstone, hacían cosas y los ingleses preferían los hombres que hacían cosas.²¹

Pero el legado literario, histórico y filosófico de Grecia y Roma permanece a nuestra disposición, nos dice nuestro erudito de Oxford, con una inmensa ventaja para los días en que vivimos (comienzos del siglo XX para Livingstone y ¿por qué no? también para nosotros que vivimos a comienzos del siglo XXI), principalmente **su riqueza, su completitud y su sencillez** (no en un sentido peyorativo obviamente). Los grandes problemas de los seres humanos, sus anhelos, sus victorias y fracasos nos han sido transmitidos por los textos clásicos con una claridad meridiana y de ella deriva Livingstone una fuente inagotable de sabiduría para los tiempos en que nos ha tocado vivir²². Los tratados de los autores clásicos son magníficas introducciones a casi cualquier tema en el que podamos pensar y **su lucidez, su capacidad de plantear las grandes cuestiones, las eternas cuestiones podríamos decir**, no es una de sus menores virtudes. Y, desde luego, no se trata de acumular conocimientos sobre hechos y acciones memorables del pasado grecorromano. Lo que una educación clásica debe proporcionar fundamentalmente es, según Livingstone, **una claridad de los principios fundamentales con los que podemos enfrentarnos casi a cualquier cosa en la vida privada o pública**²³. Y hay algo más: **al estudiar a los clásicos adquirimos un juicio independiente gracias al cual podemos vernos a nosotros mismos y a nuestra época sin los prejuicios que nos rodean** y que apenas nos permiten vislumbrar lo que tenemos ante nuestros ojos. Pero en el camino para conseguir esa claridad de pensamiento el aprendizaje de las lenguas clásicas deben tener una posición fundamental. "El razonamiento requerido no puede ser sustituido por un mero esfuerzo memorístico" nos dice nuestro autor.²⁵ El esfuerzo necesario y la concentración en el detalle, incluso **la**

precisión en el habla y en la escritura que proporcionan el estudio de los clásicos, sólo son comparables para él con el trabajo en un laboratorio. Incluso para los jóvenes menores de 16 años raramente podría encontrarse un entrenamiento mejor para sus mentes que el latín: 'Es una especie de puzzle con palabras (...), **requiere de toda su atención y utiliza toda su intensa actividad mental.** Por otra parte ocupa sus mentes...' ²⁶

Pero una vez aprendida la técnica de la traducción y de la composición en latín o en griego, hay que dar un paso adelante: Es necesario conocer el significado de lo traducido. No hacerlo significaría dejar de lado la sabiduría de los textos, el legado de la antigüedad y es ahí donde la educación clásica ha fallado tradicionalmente: mucha gramática, mucha traducción y muy poca comprensión de lo leído:²⁷



[Foto del Corpus Christi College] Corpus Christi College, Oxford, por Mike Young (imagen sin copyright)

'Un subgraduado (*undergraduate*) en Oxford tiene una disciplina mental admirable y ha leído y puede traducir un considerable número de obras de importancia, pero no tiene una opinión fundamentada acerca de la literatura griega o latina y si se le pidiera que explicara en qué consiste la importancia de esas obras y cuál ha sido su contribución al mundo, o bien no respondería o bien daría una contestación completamente inadecuada.²⁸

Efectivamente, aunque Livingstone consideraba que el estudio de la estructura gramatical de las lenguas clásicas no podía sino beneficiar el entrenamiento de la mente, no por ello dejó de valorar el enorme valor de la literatura antigua.²⁹ Una buena parte del final de su libro lo dedica a insistir en la necesidad de leer inteligentemente, comprender lo que se está leyendo y no sólo eso, también que una obra nos lleve a otra; leer obras en comparación con otras y relacionar la literatura de la antigüedad con la de otras épocas para comprender de qué manera pensamientos y temas clásicos se han mantenido a lo largo de la historia³⁰. No se trata de formar eruditos entre los jóvenes, lo principal de la educación clásica, concluye nuestro autor, debe cifrarse **en formar los caracteres y las mentes con todo aquello que fue sensato y noble en Grecia y Roma**³¹, contribuyendo a la consolidación de conceptos tales como el esfuerzo, la disciplina mental y la moderación en las mentes de los jóvenes, ideas tan deseables hace cien años, cuando Livingstone escribió este libro, como lo siguen siendo hoy en día.

¹ A este respecto ver la obra de Christopher Stray, *The Living Word. W.H.D. Rouse and the Crisis of Classics in Edwardian England*. Bristol Classical Press, 1992, especialmente las pp. 48-51.

² Livingstone, *A defence of Classical Education*. Oxford, 1917 (reprinted, first edition 1916), p.1

³ Livingstone, *A defence*, p. 29.

⁴ Estas virtudes son calificadas como morales por Livingstone en otra de las obras citadas al comienzo del artículo, como parte de legado de la antigua Grecia, concretamente en 'Greek Ideals and Modern Life (Oxford, 1935), p. 84.

⁵ Citado en Livingstone, *Greek Ideals*, p. 33.

⁶ Livingstone, *A defence*, p. 51.

⁷ Livingstone, *A defence*, p. 65.

⁸ Livingstone, *A defence*, p. 66

⁹ Livingstone, *A defence*, pp. 68-69.

¹⁰ Livingstone, *A defence*, p. 90.

¹¹ Livingstone, *A defence*, p. 93.

¹² Livingstone, *A defence*, p. 99.

¹³ Livingstone, *A defence*, p. 115.

¹⁴ Livingstone, *A defence*, p. 121.

¹⁵ A este respecto no podemos dejar de citar a John Ruskin cuando en su ensayo 'Of King's Treasures' (1865) anima al estudio del griego: "Si no conoces el alfabeto griego, apréndelo; joven o anciano, chico o chica, quienquiera que puedas ser, si tienes la intención de leer seriamente (lo que desde luego implica que dispones de cierta cantidad tiempo libre), aprende tu alfabeto griego." (Sésamo y Lirios, *Lectura I, De los tesoros de los reyes*, p. 15)

¹⁶ Cicerón, *Tusculanas*, I, 1.2

¹⁷ Quintiliano, *Instituciones Oratorias*, XII, 2.30

¹⁸ La referencia corresponde a Plutarco, *Vida de Catón*, 9

¹⁹ Livingstone, *A defence*, p. 145.

²⁰ Livingstone, *A defence*, p. 147.

²¹ Livingstone, *A defence*, p. 149.

²² Livingstone, *A defence*, p. 168-169.

²³ Livingstone, *A defence*, p. 180.

²⁴ Livingstone, *A defence*, p. 223.

²⁵ Livingstone, *A defence*, p. 228.

²⁶ Livingstone, *A defence*, p. 242.

²⁷ Livingstone no lo comenta, pero ya desde comienzos de siglo XX se estaban produciendo interesantísimos experimentos como el liderado por W.H.D. Rouse en el *Perse College* (Cambridge) y su 'Direct Method' acerca de la enseñanza de las lenguas clásicas como si se tratara de lenguajes hablados (Ver Stray, *Living Word*, pp. 18-22), método que afortunadamente continúa hoy en funcionamiento y con buenos resultados en nuestras tierras gracias a excelentes clasicistas muy cercanos a esta revista.

²⁸ Livingstone, *A defence*, p. 253-254.

²⁹ Así, Livingstone en otro de sus escritos nos reconforta al afirmar que "Homero y Platón no escribieron para proveer a la posteridad con puzzles filológicos o textuales". *Greek Ideals*, p. 21.

³⁰ Livingstone, *A defence*, p. 269.

³¹ Livingstone, *A defence*, p. 270.